

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN JENARO Ó JANUARIO, OBISPO Y MÁRTIR,
Y SUS COMPAÑEROS.

Fué san Januario natural de Benevento, de una de las mas antiguas familias del país, como descendiente de aquellos antiguos samnitas que tuvieron guerra con los Romanos, cuando aquellos eran dueños del ducado de Benevento, de la tierra de Labor, de la Capitanata y del Abruzo. No se sabe cosa segura de los primeros años de nuestro santo; solo es cierto que su familia era mas ilustre por la pública profesion que hacia del cristianismo, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, al mismo tiempo que los emperadores tenian declarada la mas cruel guerra á los cristianos. Es muy probable que la educacion correspondió á su religion y á su nacimiento. Lo que no admite duda es, que Januario era venerado como el eclesiástico mas santo y mas sabio de todo el clero cuando sucedió la vacante de la silla episcopal de Benevento. Dejaron poco que deliberar á la eleccion su virtud y su sabiduría; por lo que unánimemente le aclamaron por obispo los votos uniformes del pueblo y clero. La dificultad estuvo en vencer su humildad y su modestia, siendo preciso un expreso precepto del sumo pontifice, que á la sazón lo era san Cayo ó san Marcelino, para rendirle á prestar su consentimiento.

Apenas se sentó Januario en la silla episcopal, cuando toda la diócesis conoció el particular cuidado que tenia la divina Providencia de su pueblo, dándole en tiempos tan críticos un pastor tan digno y tan

benemérito. A esfuerzos de su inmensa caridad, de su infatigable zelo y de su solicitud pastoral se desterró luego la indigencia, quedaron consolados los afligidos, y socorridos todos los necesitados. Iba el santo prelado á buscar en lo mas retirado de los bosques á los que por la cruel persecucion huían de las poblaciones, resplandeciendo tanto su abrasada caridad, que la admiraban hasta los mismos gentiles; y hechizados de su prudencia, de su generosidad y de su mansedumbre, tenian particular gusto en conversar con él, descubriéndole con franqueza sus necesidades. Aprovechóse tan oportunamente su zelo de la estimacion y de la confianza con que le trataban los idólatras, que convirtió un gran número de ellos.

Encendido el fuego de la persecucion en todos los estados del imperio por los edictos que los emperadores Diocleciano y Maximiano habian publicado contra los cristianos, tuvo nuestro santo muchas y bellas ocasiones de señalar su zelo y su valor, no solo en los términos de su diócesis, sino en todas las ciudades comarcanas, que continuamente andaba visitando, ya para socorrer á los fieles despojados de sus bienes por la codicia de los ministros, ya para alentar á los expuestos á la crueldad de los tiranos, ya para ejercer sus funciones pastorales. Andando en estas excursiones, verdaderamente apostólicas, encontró en Misena un jóven diácono, llamado Sosio, que estaba en servicio de aquella iglesia, y era un mozo de extraordinario mérito, con quien estrechó grande amistad. Leyendo un dia el santo diácono el evangelio delante de todo el pueblo, vió nuestro santo revolotear una resplandeciente llama al rededor de su cabeza, y en vista de este presagio dijo desde luego que seria coronado con la corona del martirio, lo que se verificó muy presto. Pocos dias despues fué denunciado Sosio por cristiano ante el tribunal de Draconcio,

gobernador de la Campania, que le mandó prender. Examinóle acerca de su religion, y quedó tan prendado de su aire, de su entendimiento y de su modestia, que no perdonó promesas ni amenazas para pervertirle; pero viendo su invencible constancia en confesar á Jesucristo, y su heroica fe, superior á toda prueba, le mandó azotar cruelmente, y aplicar á la cuestion, hasta que, cansado con la experiencia de la burla y de la risa que hacia de sus tormentos, ordenó que le llevasen á las cárceles de Puzzol con ánimo de sustanciar su causa, y sentenciarla en la primera audiencia. Luego que se supo en la ciudad que el santo mártir habia llegado á ella, pasaron á visitarle todos los fieles, especialmente el diácono Próculo, y dos ciudadanos llamados Eutiques y Acucio. Informado Draoncio de la generosa caridad de los tres últimos, los mandó traer delante de sí, juntamente con san Sosio; y habiéndolos hecho despedazar á azotes con la mayor crueldad, dió orden para que todos cuatro fuesen encerrados en la cárcel para quitarles la vida el primer día que se abriese el tribunal.

Noticioso san Januario de que el diácono Sosio estaba preso, y de que habia confesado la fe en medio de los tormentos como verdadero héroe cristiano, partió á Puzzol, no solo para alentarle á él y á sus compañeros á que despreciasen todos los tormentos por amor de Jesucristo, sino tambien para asistirlos en sus necesidades con heroica caridad. Presto logró el precio de ella. Retirado Draoncio del gobierno, le sucedió en él Timoteo. Hallándose en Nola el nuevo gobernador, recibió varias delaciones contra los cristianos, y le dieron noticia de que un hombre de Benevento, llamado Januario, hacia muchos viajes á Puzzol para asistir á los que su predecesor tenia en las cárceles por causa de religion; y no contento con confirmarlos en la fe, encantaba de tal manera con sus

hechizos á los mismos gentiles, que habia persuadido á muchos á abrazar el cristianismo. Encendido en cólera Timoteo con esta deposicion, dió orden de que prendiesen á Januario, y se le trajesen atado de piés y manos. Mandóle el gobernador que luego sacrificase á los dioses; y como el santo se horrorizase de semejante proposicion, dió orden de que al instante le arrojasen en un horno encendido. Ejecutóse la orden sin dilacion; pero quiso Dios renovar en favor de nuestro santo el milagro de los tres niños de que se habla en la Escritura. En lugar del fuego abrasador halló Januario en las llamas refrigerio, saliendo de ellas sin la mas mínima lesion de sus vestidos, y sin que le faltase un solo cabello de la cabeza.

Sorprendió á todos los asistentes esta maravilla, y hasta el mismo tirano quedó como cortado y aturdimado; pero atribuyéndola á arte mágica, que era el recurso comun de los gentiles para despreciar los prodigios que observaban en los cristianos, se enfureció mucho mas: y mandando que tendiesen al santo en el potro, le hizo arrancar los nervios, y ordenó que le llevasen á la cárcel con resolucion de hacerle padecer mas crueles suplicios.

Sobresaltáronse los fieles de Benevento con la noticia de lo que habia sucedido á su santo obispo; y al punto partieron á visitarle y asistirle en nombre de toda su iglesia el diácono Festo y el lector Desiderio. Pero Timoteo los mandó prender luego que tuvo noticia de su arribo; y haciéndolos comparecer en su tribunal, les preguntó sobre su estado, su religion, y el motivo de su viaje. Respondieronle con igual modestia que constancia, que eran cristianos, ministros del santo prelado, que habian venido para asistirle en la prision, y esperaban que Dios les hiciese la gracia de que fuesen tambien sus compañeros en los suplicios. Confrontólos el tirano con san Januario, que ni

temió reconocerlos, ni se detuvo en declarar que eran dos individuos de su clero. En virtud de esta declaración mandó que les pusiesen grillos, y los obligó á que caminasen delante de su carroza hasta Puzzol para ser echados á las fieras con los demás que habia sentenciado. Asombraba á los paganos la alegría que manifestaba toda aquella gloriosa tropa de mártires. Luego que llegaron nuestros santos, los sacaron al anfiteatro, y volviéndose entonces san Juanuario á sus compañeros, les dijo: *Animo, hermanos míos, este es el dia de nuestro triunfo: combatamos generosamente por la fe de Jesucristo, y derramemos con valor nuestra sangre por aquel Señor á quien debemos la vida. Este Señor me ha enviado aqui para que el pastor no estuviese sin su rebaño, y para que el obispo no ofreciese el sacrificio de su vida sin sus ministros. No hagan impresion en nuestros corazones las promesas ni las amenazas: guardemos á nuestro divino Maestro una inviolable fidelidad: pongamos en él toda nuestra confianza; y con su ayuda no temamos los tormentos, ni la misma muerte.* No bien habia acabado de hablar el santo mártir, cuando soltaron todas las fieras contra ellos en presencia de una prodigiosa multitud de gente que habia concurrido al espectáculo. Corrieron furiosos hácia los santos mártires los leones, los tigres y los leopardos, á los cuales no habian dado de comer en muchos dias; pero en vez de despedazarlos se postaron á sus piés, comenzaron á lamérselos como por respeto, haciéndoles muchas fiestas con la cola, sin que ni uno solo se atreviese á tocarlos. Quedó atónita la muchedumbre en vista de aquella maravilla, y se oyó un sordo murmullo en todo el anfiteatro, diciendo que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, no siendo posible que tan palpable milagro fuese efecto del arte mágico, puesto que ningun sacerdote de los idolos con todos sus encantamientos

habia sabido hacer jamás cosa que se le pareciese. Oyó el gobernador este murmullo; y temiendo que se levantase contra él alguna sedicion, mandó que sin perder tiempo sacasen del anfiteatro á todos los mártires, y que, conducidos á la plaza pública, los degollasen á todos. Al tiempo de conducirlos, como Juanuario pasase delante del gobernador, pidió á Dios que quitase al tirano la vista corporal para confundir su obstinacion. En el mismo punto quedó ciego Timoteo, y aturdido con aquel milagroso castigo, comenzó á hacer las reflexiones que habia ahogado á vista de tantos otros prodigios. Reconoció el poder de Jesucristo: suspendió la ejecucion de la sentencia que habia pronunciado contra ellos, y mandando traer á su presencia á nuestro santo, le dijo en tono humilde y lastimoso: *Juanuario, tú que adoras al Dios todopoderoso, haz oracion por mí, y pídele que me restituya la vista de que me ha privado en castigo de mis culpas.*

Queriendo el santo mostrar el poder del verdadero Dios por otro nuevo milagro, hizo segunda oracion en favor del gobernador, y fué tan eficaz como la primera. En el mismo instante recobró Timoteo la vista, cuya maravilla convirtió á cinco mil gentiles. Pero son pocos los corazones ambiciosos que se convierten con los milagros. Temiendo Timoteo perder la gracia del emperador si perdonaba á los santos mártires, dió secreta orden á sus oficiales para que sin dilacion ejecutasen la sentencia.

Cuando llevaban al santo á la plaza Vulcana para ser degollado, un buen viejo cristiano de profesion se arrojó á sus piés, y deshaciéndose en lágrimas, le suplicó que le diese alguna alhajueta de su uso para guardarla en su casa como preciosa reliquia. Movidó el santo de la devocion del buen viejo, le dijo: *No tengo otra cosa que darte sino mi pañuelo, que me hace*

falla para vendarme los ojos ; pero no te desconsuelas, yo te empeño mi palabra de dártele despues de muerto, y fiate de mí. Luego que llegó el santo á la plaza pública con sus amados compañeros, se vendó él mismo los ojos con su pañuelo, y pronunciando en voz alta aquellas palabras del Salmo 30. *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* : en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, le cortaron la cabeza como á todos los demás, que fueron los santos Sosio, Fausto y Próculo, diáconos; Desiderio, lector; Eutiques y Acudio, ciudadanos; sucediendo su martirio el día 19 de setiembre hácia el fin del tercer siglo.

Inmediatamente enviaron por los cuerpos de los santos mártires los cristianos de las ciudades de donde eran naturales. Los de los santos Próculo, Eutiques y Acucio se quedaron en Puzzol : los de san Fausto y san Desiderio fueron llevados á Benevento : el de san Sosio á Misena : el de san Januario por entonces fué conducido á Benevento, despues al monasterio de Mon-Virgen, y con el tiempo en el pontificado de Alejandro IV fué trasladado á Nápoles, y colocado en la iglesia catedral, donde es reverenciado con gran devocion, habiéndole tomado la ciudad por uno de sus patronos, y continuando Dios en honrarle todos los dias con gran número de milagros, especialmente con la proteccion que se experimenta contra los furiosos incendios del monte Vesuvio. Dista este monte solas dos leguas y media de la ciudad de Nápoles, y arroja rios de fuego que muchas veces hacen grandes y lastimosos estragos. Antes del imperio de Augusto se habian experimentado cinco avenidas de lava, y el año 81 de Cristo rompió una que aruinó dos ciudades enteras, abrasando y talando una muy dilatada extension de terreno; y segun se dice, llegaron las cenizas agitadas por el viento hasta el Africa, la Siria y el Egipto. Repitiéronse despues muchas veces

estas inundaciones de fuego, y una de ellas especialmente fué tan violenta, que se temió quedase reducida á pavesas toda la ciudad de Nápoles. Acudieron los Napolitanos á la proteccion de su patrono, llevaron procesionalmente sus preciosas reliquias, y las pusieron delante de las llamas que amenazaban estragos á la ciudad. Apenas se acercaron á aquellos torbellinos de fuego, cuando de repente se los vió detenerse como por respeto, y retrocediendo despues hácia la boca del volcan, se apagaron sobre el monte, cubriéndole de un humo denso, que se desvaneció pocas horas despues. Otras muchas veces ha vomitado el Vesuvio cantidad de llamas envueltas en gruesas nubes de ceniza que llenan de terror á todo el país; pero desde que la ciudad de Nápoles posee el cuerpo de san Januario, se considera con viva confianza libre de estos incendios.

Auméntase el culto que se tributa á san Januario en la iglesia de Nápoles con el perpetuo milagro que se renueva siempre que su santa cabeza se pone cerca de una ampolla llena de su preciosa sangre, porque, estando esta coagulada y como formando una especie de argamasa con la tierra de que está mezclada, apenas se coloca junto á la cabeza, cuando comienza á calentarse, á liquidarse y á hervir á la vista de todo el pueblo como si fuera sangre viva.

La fiesta de san Januario y de sus compañeros no solo se celebra en la iglesia latina, es tambien muy solemne en la iglesia griega; y en todas partes se ven templos muy antiguos dedicados á Dios en honor de san Januario.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Deja pendiente el padre Croiset la palabra de nuestro santo al buen viejo que le pidió en vida alguna » reliquia suya; pero en la leyenda de la iglesia de » Benevento se dice que la cumplió inmediatamente

» que espiró, apareciéndose al devoto cristiano, y
» entregándole el pañuelo que le habia ofrecido.»

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Puzoles en Campaña, san Januario, obispo de Benevento; san Festo, su diácono; san Didier, lector; san Sosia, diácono de Misena; san Próculo, diácono de Puzoles; san Eutiques y san Acucio, mártires, quienes, despues de haber sufrido cárceles y cadenas, fueron decapitados bajo el emperador Diocleciano. El cuerpo de san Januario fué llevado á Nápoles, y enterrado honoríficamente en una iglesia, donde se guarda todavía sangre del bienaventurado mártir en una redoma. Cuando la ponen en presencia de la cabeza del santo, se liquida y hierve como si acabara de correr.

En Nocera, la fiesta de san Félix y de santa Constancia, mártires, que padecieron en tiempo de Neron.

En Palestina, san Peleo, san Nel y san Elias, obispos de Egipto, mártires, que en tiempo de la persecucion de Diocleciano fueron quemados por la fe de Jesucristo con muchos clérigos.

Dicho dia, san Tróximo, san Sabacio y Dorimedon, mártires bajo el emperador Probo. San Sabacio fué azotado en la ciudad de Antioquia por orden del presidente Atico hasta que espiró. San Tróximo, enviado á Synnade al presidente Perenio, despues de haber padecido muchos tormentos, consumó su martirio siendo decapitado con el senador san Dorimedon.

En Córdoba, santa Pomposa, virgen y mártir en la persecucion arábiga.

En Cantorbery, san Teodoro, obispo, el cual, enviado á Inglaterra por el papa Vitaliano, brilló por su doctrina y santidad.

En Tours, san Eustoquio, obispo, varon de eminente virtud.

En tierra de Langres, san Sena, presbítero y confesor.

En Tréveris, san Mileto, obispo.

En la diócesis de Leon en Bretaña, san Sernis, confesor.

En Metz, san Gury, obispo, patrono de las cano-
nesas de Epinal.

En Roma, san Arnau, obispo de Gap, que habia sido religioso de la Trinidad de Vandoma.

En Aquileya, el martirio de santa Erasma y de sus compañeras.

En Eleuterópolis en Palestina, el tránsito de santa Susana, que disfrazó su sexo con el nombre de Juan.

En Egipto, san Cótolas, hermano del venerable Acui.

Allí mismo, san Julio de Acfahase.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Januarii, et sociorum ejus solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, accendamus exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tus santos mártires Januario y sus compañeros; concédenos benignamente que así como sus merecimientos nos regocijan, así tambien nos enfervoricien sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinistis passionum: et in altero quidem, opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que, habiendo sido iluminados, sufristeis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que

vinculis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est veniet et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

se hallaban en tal estado. Porque tuvisteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teniais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

« Esta epístola á los Hebreos es uno de los mas bellos y mas preciosos monumentos que posee la Iglesia cristiana. En toda ella se sostiene la grandeza de las cosas, y la importancia de las materias, con la nobleza de las expresiones y con la elevacion del estilo. »

REFLEXIONES.

Traed á la memoria aquellos primeros tiempos, etc. Acordémonos de aquellos dias de inocencia y de fervor, en que, desembarazada la razon de las nieblas que levantan las pasiones, y exento el corazon de la corrupcion que causa el vicio, recibian con docilidad y con alegría las luces de la fe y las impresiones de la gracia. Volvamos la consideracion hácia aquellos dias tranquilos y serenos en que gustábamos de Dios con sosegada dulzura, y desocupada el alma de las preocupaciones que oscurecen la razon debilitando la fe, experimentaba un exquisito placer, penetrando

aquellas grandes verdades que ponen tanto tedio á las ilusiones del mundo. Embebidos entonces en las importantes máximas de la religion, ¡qué saludables reflexiones se hacian sobre el capricho y sobre las extravagantes inquietudes del corazon humano! ¡sobre la vida inútil de tantas gentes! ¡sobre las falsas ideas de felicidad! ¡sobre las perniciosas máximas del mundo! Compadecidos de la flaqueza de los que se dejan llevar de la corriente, ¡cuántas veces no lamentamos de su desgraciada suerte! ¡cuántas nos indignamos contra la falsa seguridad de los mundanos, y movidos de esta santa indignacion declamamos contra su escandalosa licencia! Aquel jóven, cuya circunspeccion, cuya madurez y cuya virtud le hacian respetable aun á los mismos disolutos, ¿hacia entonces mucho caso de sus juicios? ¿solicitaba con mucha ansia merecer su aprobacion? ¿dábale mucho por sus censuras? ¿ avergonzabase del Evangelio? ¡Con qué horror miraba en aquel tiempo esas licenciosas fiestas, esas diversiones, de las cuales siempre sale la inocencia con alguna pérdida! ¡con qué cuidado huia de aquellos espectáculos que prohíbe la religion á los cristianos! ¡cuánto le disgustaban todos los divertimientos de ruido y de tumulto! ¡con qué generosidad, con qué constancia se divorciaba de todo lo que podia lastimar la conciencia! Dulce, humilde, atento, cortesano (porque todo esto es el que es verdaderamente virtuoso), ¡qué peso en todos sus pensamientos! ¡qué solidez en todos sus discursos! ¡qué prudencia en todos sus consejos! ¡que perseverancia en sus devociones! Porque, desengañémonos, la rectitud, la afabilidad y el buen juicio son inseparables de la virtud cristiana. Aquella otra señora, intimamente imbuida en las grandes verdades de la religion, en nada hallaba verdadero consuelo sino en los ejercicios de una solida devocion: esti-

mada, aplaudida y respetada del mundo, precisamente porque no se conformaba con sus máximas. La misma regularidad de sus costumbres daba nuevo lustre á todas las demás prendas suyas naturales. Hasta la misma envidia respetaba á su virtud. El mundo mismo la proponía por modelo de una señora cristiana, distinguiéndose mas por su modestia que por su elevada calidad. Su devoción era la mejor prueba de su fe, y su conducta su mayor elogio. Pero consiguió desgraciadamente marchitar aquel lustre el contagioso aire del mundo y de las malas compañías; echóse á pechos aquella ponzoña, aquel veneno preparado con que brinda el mundo, ponderándole continuamente como una bebida muy exquisita. ¡Cobró tedio á aquella vida igual, cristiana y regular, volviendo las espaldas al partido de la virtud! ¡Buen Dios, y qué espantosa mudanza se observa en el entendimiento, en el corazón, y hasta en los modales exteriores de la misma persona! ¡Cotejemos lo que somos con lo que fuimos. ¡Oh qué retratos tan desemejantes! Pero aprovechémonos de esta desemejanza; y trayendo á la memoria aquellos primeros años en que era tan arreglada nuestra conducta, preguntémosnos si lo es igualmente despues que abandonamos el partido de la virtud.

El evangelio es del capítulo 24 de san Mateo.

In illo tempore : Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes : Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis sæculi? Et respondens Jesus, dixit eis : Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes : Ego sum Chris-

En aquel tiempo : Estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dijeron : Dinos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, les dijo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos en

tus : et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini : oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis : consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentia, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia, initia sunt dolorum. Tum tradent vos in tribulationem, et occident vos : et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudo-prophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

mi nombre, diciendo : yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir; y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mutuamente; y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

DE LA PERSEVERANCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema felicidad del hombre es la perseverancia final, puesto que le pone en posesion del soberano bien. La única felicidad del hombre durante esta vida mortal es vivir santamente en gracia y amistad de Dios; cualquiera otro bien, cualquiera otro gusto es mera ilusion, es vano entendimiento;

pero la perseverancia en la gracia final es lo que se llama, respecto de nosotros, perfecta y cumplida felicidad. Aunque haya sido muy fervorosa nuestra conversion, de nada nos servirá sin el don de la perseverancia: este don es propiamente el que da valor a nuestras buenas obras: sin la perseverancia de nada sirve la mas perfecta inocencia, la mas heróica virtud, ni la penitencia mas rigurosa y mas austera. Habia Dios escogido á Saul con especial predileccion: habia sido Salomon el oráculo y la admiracion del mundo por su sabiduría y por su virtud: fué Judás uno de los apóstoles del Savador, y aun habia hecho milagros: hizo Origenes todo cuanto pudo para derramar la sangre por amor de Jesucristo: por bastante tiempo fué Tertuliano un gran padre de la Iglesia: todos estos grandes hombres comenzaron bien, y aun por algunos años perseveraron en la inocencia, en el fervor y en los caminos de la justicia. Honraron la religion mientras se mantuvieron en gracia; pero faltando en fin, y desmintiendo aquel exacto arreglo de costumbres, cansados de andar por los caminos del Señor, dejándose arrastar del torrente de las pasiones y del mal ejemplo, ¡qué fin tuvieron tan triste! ¡qué desgraciada fué su eterna suerte! La gracia final, la final perseverancia en esta gracia es la que pone el sello á todo. Sin este sello nada es admitido en la otra vida: limosnas, penitencias, buenas obras y devocion, todo es perdido si no está marcado con el sello de la perseverancia. Habian perseverado en la pureza aquellas vírgenes descuidadas y poco prevenidas, no se habia marchitado en ellas aquella delicada virtud, muchas buenas obras habian hecho en el anterior espacio de su vida; pero tuvieron la desgracia de dormirse hácia el fin del dia, no perseveraron en el fervoroso zelo que tenian de su salvacion, en aquella vigilancia que es siempre tan nece-

saria: llega el Esposo cuando estaban dormidas, no las encuentra en vela como á las otras; no perseveraron en el fervor, y se perdieron, ¡Buen Dios! ¿es posible que estas razones, estas lecciones y estos ejemplos hagan tan poca impresion en tantos corazones que se hallan en el mismo caso?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque la perseverancia en la gracia es puro don de Dios, la falta de ella es puramente obra nuestra. La vida de la gracia que nos adquiere la penitencia, por su naturaleza es tan inmortal y tan incorruptible, como lo es la misma alma en quien se recibe. Si perdemos esta gracia contra el intento de Dios, á nosotros y no á ella debemos imputarlo; y en esto consiste nuestro desorden. Estamos bien instruidos de la necesidad que tenemos de esta perseverancia final; ¿pues porqué no trabajamos para conseguirla? Debiéramos emplear toda la vida en continuas y ansiosas diligencias para alcanzar este precioso don: debiera ser incesantemente la perseverancia final el objeto de nuestros deseos, el fin de nuestras obras, y por decirlo así, el motivo de todas nuestras oraciones. Por mas que hayamos adquirido inmensos tesoros de gracias y de merecimientos, si por nuestra desdicha no perseveramos en la vida de la gracia hasta el último momento; si por nuestra infeliz suerte morimos en desgracia de Dios y en pecado mortal, por mas que hubiésemos vivido inocentes, fervorosos y penitentes hasta el momento que precede al último; si en él perdemos la gracia decisiva, perdiéronse tambien para toda la eternidad todos aquellos tesoros. Ningun caso hará Dios de todas nuestras buenas obras pasadas. Confundidos con los impíos y con los réprobos, seremos eternamente condenados sin redencion y sin recurso. ¡Y en vista de esto, no se